

ALL THAT JAZZ

**Crónicas
de
Don Duro**

Importantísima aclaración:

Los hechos que se expondrán en este apasionante folletín no guardan relación alguna con la realidad.

Trátase de una obra de ficción, donde las situaciones se desencadenan por causas e intereses ajenos a la voluntad de los protagonistas.

Digamos, pues, en otro planeta.

Cap. I El sonido y el silencio

El afamado conjunto folklórico Los Churrinches regresó de una gira europea con renovados bríos y ganas de implementar en el país un circuito serio de espectáculos en las mejores condiciones, para mostrar a sus compatriotas cuál era su visión del arte nacional. El habilidísimo productor tenía todo arreglado: una gira por **Esos Lugares** dos programas de televisión, otra gira por **Aquellos Parajes** y cuatro bolos en el **Gran Conurbano**. Para el otro mes (había que preparar un long play) se hacía base en un pituco restorán-concert, una salida diaria de 20 minutos.

MUY BIEN: LA COSA PINTABA FENOMENO

Dos días antes de partir hacia Piriri se recibe un llamado telefónico advirtiéndole que la presentación del 14 se pasaba para el 6, dentro de dos meses, a las 21,30. Lamentablemente quedaba ahora un día sandwich que no se podía cubrir en tan poco tiempo. Además, la fecha alternativa propuesta coincidía con uno de esos programas de TV ya confirmados. Bueno, pero no se podía quedar mal con los otros, esos lugareños no tenían la culpa.

Así que ahí van los Churrinches con su alegre carga de bultos, incluyendo dos uniformes distintos, cuatro guitarras, un bombo de pie, tres juegos de baquetas con y sin pompón, muchos encordados de repuesto, ropa de civil y trajes particulares, un representante, copias de los contratos, dinero para los gastos del viaje y etc.

Había que salir la noche anterior, ya que sólo un micro diario combinaba a tal hora con el tren local. Toda la historieta se estimaba en nueve horas y media para trasponer cuatrocientos kilómetros, y quedaba casi un día para pasear. Claro, los terribles y constantes retrasos de los medios vehiculares hacían demasiado arriesgado (temerario, diría) salir el mismo día, porque se llegaría justo unos minutos antes del horario anunciado. Por supuesto, todo fue espantoso: se perdió la combinación y fue menester alquilar un taxi antediluviano que costó como cuarenta palos y nadie llevaba naipes de truco.

Al cabo de casi catorce horas (8300 minutos) se produjo el arribo triunfal.

Llovían reptiles variados.

Apersonóse el mismísimo Saúl Pereyra, secretario de actas de la Agrupación Tradicionalista "La Rueda de la Carreta", diciendo que la mano venía fulera porque todo era al aire libre. "Por favor, sabrán disculpar por el hotel que no es precisamente de cuatro estrellas pero en un pueblo chico..." "Pero claro Pereyra nosotros dormimos en cualquier lado, solamente queremos una ducha y una cama". "Muchachos, si no

se lo toman a mal, me gustaría que se caigan por casa a comer un pucherete y de paso le cantan algo a la patrona que cumple años, una cosa informal, entre amigos". "Dalo por hecho, mi viejo".

El pucherete resultó asaz interesante, ya que aportaba las consabidas cuotas de garbanzos, porotos, repollo, cebolla común y de verdeo, zanahorias, papas y batatas, falda, rabo, gallina y cerdo, morro, pezuñas y orejitas, codeguines y morcillas. Para acompañar, buenas botellitas de vino tres cuartos y aceite de girasol. Un desprevenido pidió aceite de oliva y fue mirado de soslayo. Los invitados eran más de setenta. Observan comer a los artistas mientras repetían incesantemente que ya habían cenado y que se sintieran como en la propia casa de cada uno. Se firmaron 600 autógrafos, hubo que regalar 9 discos, cantar como grupo e individualmente. A los postres se solicitó a Los Churrinches acompañar en guitarra a la benjamina que gorjeó bastante bien, y admiraron la destreza de la hija mayor (puso un disco de rumba flamenca, vistió chaquetilla de torero y zapatillas de punta, se anudó la camisa ostentando un ombligo con pelusa, giró, giró, y cayó al suelo en espectacular traspie, arrastrando una carpetita con florero.

Francamente agotados, Los Churrinches comenzaron a despedirse de todos agradeciendo la cordialidad y diciendo "nos vemos mañana", convencidos de que ninguno de los circunstantes derrocharía dos palos en volver a verlos, si ya eran como chanchos...

Muy tarde consiguieron dormirse

Y fue la noche.

Tempranito llegaron al hotel amigos de anteriores tenidas y se charló tomando mate. A la hora del vermú fueron a un bar. Esporádicas vecinas pasaban de ida y vuelta por la vereda de enfrente. Improvisados periodistas repetían las sempiternas preguntas: "¿Cuántos son?" "¿Cuándo se formó el conjunto?" "¿Usted dónde nació?" "¿Y Ud.?" "¿Cuáles son los planes para el futuro?" "¿Van a sacar otro disco?" "¿Qué les parecen las chicas de la zona?" (no se preocupen, ésta no la publicamos)

Los Churrinches expresaron el deseo de conocer la plaza y jugar al billar, y así lo hicieron rodeados por multitud de chiquillos.

Almorzaron en el hotelito y se entregaron a reparadora siesta. A las siete se pusieron a ensayar y a las ocho y veinte fueron a probar el sonido. El salón estaba lleno de humo, porque allí mismo se improvisó la parrilla.

El encargado de la amplificación les mostró cuatro micrófonos con sus correspondientes cables, apoyados en el suelo. Se le explicó pacientemente la urgente necesidad de colocarlos en pedestales apropiados, en lo posible tipo jirafa o cigüeña, dado que la ejecución del ancestral instrumento que conocemos por guitarra impedía tenerlos (a los micros) en la mano.

Entonces fue de verse la prodigalidad ingeniosa del veterano técnico, que improvisó soportes con dos cañas torcidas, ató con alambre al barral de un ventilador y colgó del cielorraso al restante.

Tuvo lugar entonces la prueba acústica, para algarabía de los comensales tempraneros. Se arribó a jugosas conclusiones: el techo de chapas abovedadas no contribuía a la óptima reverberación, convenía no comerse el micrófono de la derecha y sí el del centro (un Churz de baja impedancia especial para instrumentos orientales) y poner todas las guitarras al sesgo, en ángulo de 79 grados, para evitar la realimentación rebotada de los agudos introduciéndose nuevamente en los transistores, produciendo el clásico chillido insoportable. Los Churrinches dijeron "no se haga problema", con la resignada expresión del piloto comercial que comunica al pasaje la necesidad de realizar un aterrizaje de emergencia sin ruedas y en un sólo motor, pero calma ya que se trata de una maniobra de emergencia.

En vista de las condiciones ambientales, Los Churrinches optaron por presentar un repertorio contingente, integrado por 6 zambas carperas, 25 chacareras y un carnavalito. Quedarían para otra oportunidad las queridas sutilezas timbricas, las canciones nuevas de autores desconocidos, y dos poesías. En lugar de afinar, se dedicaron a rememorar finísimos chistes de salón.

Evidentemente, la lluvia había malogrado el festejo, resultando escasa la concurrencia. Con

ALL THAT JAZZ



Crónicas de
DON DURO

(CAPITULO II)

EL ETER ETILICO

El habilísimo productor así habló a Los Churrinches:

"Muchachos, es un hecho insoslayable. La radio es el medio más directo, íntimo y poderoso para llegar al público. Contra la música no hay defensa, se mete por los oídos y prende. Fijense el negocio de las grabadoras, imponen éxitos por repetición, por acumulación. Pagan las pasadas de simples entre 2 y 3 pesos cada una. Claro, con la basura de música que hacen Uds. no pasa lo mismo. Nadie va a poner dos guitarras en difundir folklore. Sin embargo, no hay que abandonar la pelea. Existen todavía, se los juro, tipos de radio no contaminados, que se detienen a pensar en lo que hacen. Bueno, les arreglé varios programas donde van a hablar y promocionar el último disco. Son gratis".

"Nosotros no laburamos gratis", dijeron al unisono, con un ajuste digno de mejores propósitos. "¡Cartones! no es totalmente gratis. Es a cambio de promoción".

"Ah, bueno".

Las cosas estaban pensadas para asegurar la difusión

constante durante una semana. De acuerdo con el habilísimo, en los espacios nocturnos había que brindar la imagen reposada y severa del tradicionalista, y en los centrales (tarde y noche) el empuje iconoclasta de la juventud. En

los matutinos, era conveniente hacer hincapié en el estado civil de los casados, en los hijos, elegir canciones más románticas, que exaltarán la dura tarea del ama de casa.

En el estudio Sound Power, en el segundo piso de Monte al 2700, se grababa "espuelas fragorosas". La cinta salía después por 38 emisoras en cadena, a las cuatro de la mañana. Los Churrinches fueron llegando a partir de las 7.30, descubriendo las luces del día, maravillados de tanto movimiento matinal. Todos presentaban tamañas ojeras y hablaban con un ronco sonido tartajoso. El locutor los recibió efusivamente "Y uds. ¿quiénes son? ¿qué quieren?" "¿Cómo, no llegó el irresponsable manager?" "Lamó que se quedo dormido y que nos arreglemos sin él. Vamos siéntense que ya largamos".

"Aquí espuelas fragorosas, un grito de patria en la negrura de la alborada. Despiértense con música".

Se pasaron dos discos inconclusos, y finalizó el primer bloque. Al comenzar el segundo se mencionó la presencia de Los Churrinches y se pasó otro tema, de otro intérprete.

En el tercero hubo rienda suelta para la expresividad.

Los Churrinches dejaron de sentirse como dibujados, para decir entre carraspeos aguardentosos, cuántos eran, cómo se llamaban y cuánto hacia que se habían formado. No hubo tiempo para más.

Otra interrupción publicitaria y al grano: "¿Cuáles son sus planes para el futuro?" El lenguaraz del grupo trabucó ligeramente los textos y profirió un interminable agradecimiento para el locutor y su importantísimo programa, que les permitía estar junto al pueblo, único juez y destinatario de lo que producen los artistas...

Terminó y fueron a desayunar, con el regusto de lo que no tiene pena ni gloria.

El mozo los reconoció, les pidió una foto y les ofreció cuatro vasos de vino. "No papá, traé cuatro cafés con leche y medialunas".

Supuso el galaico gastronómico que se hallaba frente a un chiste y rió fuerte y forzosamente. Ante la insistencia preguntó si preferían un wisky. "No, no. Café con leche: son las 9 de la mañana" "Nunca lo hubiera imaginado; folkloristas tomando leche".

Mientras sopaban profundamente las facturas —no había medialunas— vieron llegar al irascible representante. "Giles a la acuarela, yo lo tenía conversado al quira para grabar la cortina musical y le podía sacar mucha tela, y ustedes asumen esa actitud distante."



"El tipo se chivó, acaba de hacerme escuchar la cinta, es una porquería "Se nota que estaban por compromiso y que no les importaba nada".

Los Churrinches siguieron sorbiendo con resignación.

Fueron todos a la radio Virtus, estudio B.

Todo era en vivo, mucha gente en trono a la mesa. Seguramente los micros tenían poca ganancia, porque todos gritaban. El ritmo era de tres flashes publicitarios por frase, y uno informativo cada cuarto de hora. El brillante productor saludó a todos y cada uno, poniendo la frase cómplice que aseguraba una amistad personal acrisolada en vaya a saber qué aventuras personales, y se sentó.

Los Churrinches debieron permanecer de pie, apichonados. Esta vez habló él, y los artistas debieron asentir con gruñidos y mosilabos desde lejos; sin embargo, eso era lo que se esperaba de ellos. Se pasaron dos temas que nadie en el estudio escuchó, pese a lo cuál fueron muy elogiados y felicitados. La gente de radio estaba muy alegre y gritaba cada vez más. Los títulos de las canciones fueron tras-papelados, y de los autores, solo se mencionaba al primero.

Como a las siete de la tarde, se apersonaron en "FM para super ejecutivos".

"Hola, ¿qué tal? ¿Ustedes no estarán en listas? "Qué listas" "En listas, no hay problemas. ¿Con quién?" "Bueno, déjenlo así. A ver los temas que trajeron".

Un tema fue rebotado porque era de Pérez. "A mi me encanta Pérez pero mejor no pasarlo. A mi gran amigo Singler se le armó un pesto bárbaro por pasar los temas de Pérez. Sí, ya sé que este es otro Pérez, mejor mandamos la segunda del lado dos".

Fue menester borrar de la cinta la última canción del lado A, porque un asistente avispado escuchó la letra y advirtió con horror que

contenía el horroroso vocablo "sudor".

Los Churrinches reaccionaron explicitando que esa canción era un éxito y la cantaban en todos los festivales, que el sudor era mencionado al pasar y se refería al exudado de la transpiración, sin alusiones al trabajo ni a los trabajadores. Claro que tuvieron que aceptar que en el espacio de los superejecutivos no convenía referirse al sudor en tono elogioso, y menos teniendo en cuenta que el principal anunciador era un distribuidor de aerosoles desodorantes importados.

Por eso se dio preferencia a las versiones instrumentales, saturando los graves en el canal izquierdo y reforzando los agudos en el derecho.

Esa es la manera de hacer que las transmisiones estereo-

fónicas parezcan más estereofónicas.

No hubo otros inconvenientes. El programador musical invitó a Churrinches y representante a tomar algo y les habló de negocios:

"Yo tengo 35 horas semanales; si me dan unas músicas les pongo letra y las meto todos los días".

Los Churrinches creían en su ignorancia que la inspiración es un don divino. Aprendieron algo nuevo. Aprendieron que es muy inteligente componer por encargo de acuerdo al siguiente esquema:

Duración total, dos minutos. Debe haber ocho compases de clima con crecientes agregados percusivos y mucho bajo eléctrico, primera estrofa en copla octosilábica. Se van agregando fondos de violines al mismo motivo musical, que se repetirá incesantemente. Dar mucha importancia al final, con acordes mayores y en el límite del alcance vocal. Los pies rítmicos, de preferencia binarios, admitirán la inclusión de la palabra "amor" cada doce segundos. Al fin y al cabo, el amor mueve al mundo.

Los compositores debían renunciar a sus derechos editoriales, a cambio de la sistemática repetición del nombre del conjunto.

El velocísimo manager estuvo de acuerdo. Los Churrinches se sintieron vetustos, exponentes de una actividad retrógrada y pasada de moda.



ALL THAT JAZZ

**Crónicas
de Don Duro**
**¿Quién se esconde
tras el cobarde
seudónimo
de Don Duro?**

¿Qué pretende?

**¿Para qué leer esta
interminable tragedia
por entregas?**

**Hágame caso,
no la lea.**

No vale la pena.

CAPITULO III

EL OCTAVO ARTE

La tarde nubosa, desapacible, observaba a Los Churrinches en la oficina de su representante.

El habilísimo (o habilidísimo, que así porfía algún corrector revisteril) usaba la palabra y la esgrimia con pasión, intentando perforar la membrana cerebral de sus artistas exclusivos. Como faltaban sillas, un churrinche desprevenido permanecía de pie.

"Queridos muchachos, métanse en el batio que los tiempos cambiaron, ya no va más eso de las peñitas y festivales a beneficio. Todo es un gran negocio. Hay que encarar las cosas con inteligencia y pensar a lo grande. Ya no alcanza con una notita en la revista Folklore: el gran medio difusor de lo bueno y lo malo, la poderosa arma de venta profunda sistemática e insoslayable es nuestra vieja amiga la televisión".

"Claro —dijo uno de los churrinches sentados— pero resulta que hay solamente dos programas de folklore y todos los groñes andan esperando turno, bajando la guita para ganarle de mano al otro".

"Por favor cuando yo termine recién me pueden interrumpir".

"En el momento presente y actual para vender cualquier cosa hay que ponerlo en la tele. No hablo únicamente de secadores de pelo y barras de chocolate, sino también del arte".

"El arte no se vende" —balbuceó otro churrinche.

"¡Silencio! Ustedes hacen música y si no cobran no pueden morfar. Digamos que se aquilan, para no herir susceptibilidades".

"Prosigo: ¿no vieron las propagandas de discos? Los canales funcionan como distribuidores de las compañías grabadoras. No largan menos de cien mil placas y meten cuatro por persona".

"Pero por ahora no nos interesa el disco. Hay que esperar un poco. Resulta que están tirando refritos de grabaciones veteranas, para no poner un mango de estudio ni regalías ni nada. Nosotros nos metemos en la tele para reforzar la imagen Churrinche arquetípica de los sacrosantos valores de la sabia profundidad moral, digamos para estar en el candelero: 'Hoy almuerzan Los Churrinches', 'Los Churrinches arrastrarán un tractor oruga con sus bigotes', 'Los Churrinches producen declaraciones escandalosas en contra del doping futbolístico', Churrinches por acá y churrinches por allá. Esa es la idea, meterlos en todas partes".

DEL DICHO AL HECHO

El primer programa visitado estaba dedicado por entero al folklore. La ocasión era especial, pues cambiaba el elenco de producción, los locutores, los técnicos, todo. El habilísimo representante movió ciertos hilos, otorgó generosamente un porcentaje de lo pactado al gris amanuense que no figuraba pero recaudaba, y consiguió el bloque de cierre.

Los Churrinches se presentaron en el estudio con tres horas de antelación, para cumplimentar con holgura los imprescindibles ensayos de cámaras y sonido. Afinaron las violas y comenzaron a esperar.

Esperaron.

Esperaron.

Subitamente comenzó el programa. En el piso había gran nerviosismo. Los Churrinches no habían podido maquillarse, de tanto esperar que alguien les dijera algo. Los asistentes pasaban a su lado en vertiginoso trajín, y es justo destacar que casi siempre les sonreían y palmeaban mientras los desplazaban de una punta a otra del salón. Pero no les decían nada.

Salió al aire un ballet. Bellas niñas y barbudos muchachos ejercitaban su arte al compás de la música. Pasados unos segundos continuaron ejerciendo, sin música. Algún problemita de orden técnico cortó el sonido en el estudio, no en los receptores hogareños. La coreógrafa (barbaridad de coreógrafa) optó por imaginarse el desarrollo musical y soplar los pasos con recursos mímicos detrás de cámaras. La fascinante experiencia de bailar sin música no fue comprendida por los teleespectadores, que pensaron lo peor.

ASI DE SEGUIDO

Ningún artista sabía qué decir, ni cuándo le tocaba.

Solamente se escuchaba constantemente la eterna recomendación "Muchachos, hagan algo ágil, alegre".

Venia un solista: "Flaco, algo ágil, alegre".

Un grupo de jóvenes inexpertas: "algo ágil, alegre".

Varios mancebos malambedores con bombos y boleadoras: "... (a estos no les dijeron nada).

La sobrina del caudaloso río: "algo alegre, ágil".

Y por fin Los Churrinches: "bien churrinches, métanle con algo alegre, ágil", y los subieron a una tarima elevadísima. Tan elevada, que los micrófonos no alcanzaban y les quedaban a la altura del apéndice xifoideas, que es el huesito donde se apoya el charango.

Exceptuando la impericia de un churrinche desprevenido que pretendió cantar en cuclillas para solucionar el inconveniente, todo fue normal.

LA MAGIA DEL COLOR

En un programa de la tarde hubo lio porque llevaron ponchos azules, arruinando cierto efecto de recorte (croma-key) que permite realizar exteriores adentro del estudio.

En un almuerzo cantaron mientras todos comían y los mozos hacían ruido de platos.

Un domingo alegraron la tarde de doscientos adolescentes perseverantes y comprometidos de su responsabilidad. A cada señal del asistente, los jóvenes palmeaban desafortunadamente (1).

En todas las ocasiones Los Churrinches y demás artistas cantaban juntos sin ensayo previo la misma zamba. Daba la impresión de que nadie sabía la letra ni los tonos de la guitarra y que a todos les quedaba demasiado alto el registro.

LA INEXORABLE REALIDAD

Cierta noche, Los Churrinches y su habilísimo representante vieron un tape, una grabación realizada la tarde anterior. El aspecto del grupo resultaba simpático, aunque el Churrinche rubio salía pelirrojo, otro parecía calvo y el más gordito francamente obeso. El sonido del grupo no pudo ser considerado, porque el aparato sólo captaba la segunda guitarra y la tercera voz alta, produciendo un resultado lamentable. La cámara perseguía a los sucesivos solistas sin embocarla nunca, salvo cuando se entretuvo 57 segundos con el bajo, que en ese lapso no abría la boca. Recordaba al Gral. González con sus tristes intentos de parecer digno.

Hasta muy noche Los Churrinches y el inescrupuloso explotador discutieron si lo que habían visto era "una quemada" o el seguro camino del éxito masivo.

Se llama "quemada" al papelón.

(1) Invariablemente, en cada programa, se repetían las preguntas: "¿Cuánto hace que se formó el conjunto?", "¿Cuántos son?", "¿Ud. dónde nació?", "¿Y Ud.?", "¿Cuáles son los planes para el futuro?".

ALL THAT JAZZ

Los Churrinches hacían tiempo, recorriendo disquerías. Se empecinaban en hurguetear las bateas de 'folklore' y 'tango', haciendo especial hincapié en el subgénero musical conocido por 'ofertas'.

Cosa rara, pero había más tango en 'oferta' que en 'novedades'. (¿Será que hacen los discos de tango para retirarlos en seguida de catálogo y venderlos más baratos? Estos misterios propios de la comercialización superan la capacidad analítica de nuestros héroes, y la mía también).

Habrán estado una media hora revolviendo y poniendo sus propios LP adelante de todo, cuando llegó el momento de la reunión.

En la oficina, esperaron un ratito tomando café y hojeando las revistillas del show business internacional. Pasaron al privado, coto exclusivo del habilísimo representante.

—“¿Qué tal muchachos?, ¿cómo dicen que les va?”

—“Muy bien, ¿o querés que te cuente?”

—“No gracias. Vamos directamente a los bifés, porque no me gusta perder tiempo ni hacérselo perder a nadie. Quería conversar con Uds. la renovación del contrato con la grabadora. En este momento están libres, porque la empresa no tomó la opción que tenía por un año más.”

—“Bueno —dijo el Churrinche más serio—, por un lado es mejor. El último disco salió sin difusión, no lo metieron en la radio, no nos hicieron posters, ni siquiera hicieron postales, lo poco que se movió fue gracias a nuestros esfuerzos personales. Prefieren difundir esa basura de música disco y no le dan nada de corte a las auténticas expresiones del sentir vernáculo y ancestral, que es la misma tierra de uno vertida en el zumo inagotable del rímero cancionil, racimo de coplas frescas anunciando el devenir...”

—“Hacéla corta flaquito” —opinó sagazmente el personal manager—. “Hacéla corta”. “No te confundas. Las grabadoras son empresas que solamente persiguen el éxito comercial, dicho en cristiano, quieren guita. No les pidas que funcionen de acuerdo a un plan de promoción cultural que tampoco existe. Es más sencillo: si vende, sirve; no vende, no sirve”.

—“¿Pero viejo —interrumpe el churrinche desprevenido— cómo va a vender un disco que no se promociona? La gente ni siquiera sabe que apareció, ¿por qué lo va a comprar?”

—“Así son las cosas, mi rey. Te voy a explicar un poquito. Según dicen los directivos, de

El retórico Don Duro sigue deschavando pormenores lamentables del negocio del espectáculo. ¿No sería mejor que se dedicara a otra cosa en vez de revolver la basura?

cada diez lanzamientos ocho pierden dinero; por eso cuando un disco pica un poquito le dan toda la manija, para recuperar la otra inversión. Yo no sé si esto es cierto, lo que sé es que están preocupados. Hace cuatro o cinco años, todo era más fácil. Ahora tenés los discos importados muchísimo más baratos que los nacionales; no los venden más baratos, los compran más baratos. Para colmo están mejor hechos, mejor prensados, mejor grabados, tienen mejores fundas, más lindas fotos. Por ejemplo, música clásica ya no se graba más. Es preferible que los ñatos graben afuera y después se importa el LP”.

—“A mí no me gusta la música clásica, es toda igual”, acotó el churrinche gordo.

—“¡Vos sos una bestia ignorante, no te gusta porque nunca te pusiste a escuchar!” sentenció amablemente el inflexible productor. “Sigo: este asunto de la importación tiene sus bemoles”.

—“Y sus sostenidos”, mechó el churrinche gracioso sin lograr ni una sonrisa complaciente.

—“Si las grabadoras de acá no largan buenos productos, las casas centrales extranjeras van a cerrar las plantas y solamente van a dejar simples distribuidoras. Eso pasa ya en muchos países, con el resultado lógico de que al poco tiempo no se hace más música, de ningún tipo. Los soportes de fonogramas...”

—¿LOS QUE?

—“Los soportes de fonogramas, papá. ¿No sabés lo que son los soportes de fonogramas? Hasta un niño de teta sabe lo que son los soportes de fonogramas. Ya no se habla más de discos, ahora se dice en general soportes de fonogramas, para significar también cassettes, tarjetas magnéticas, toda esa cosa. Fijate: desde que se acabaron los tocadiscos sencillitos y criollitos, los quías que quieren oír van a morir a los caseteros, por eso en la actualidad ya casi salen tantos discos como cassettes. Bueno, acabemos con esta murga, tenemos que tratar de enganchar una mano grossa, como esas de la televisión. Para justificar la inversión publicitaria

CAPITULO IV: Grabar surcos, arar en el mar Crónicas de Don Duro

televisiva, hay que vender más de treinta mil. Les sugiero comenzar el sordido deambular por las compañías, para ver si hay interés”.

La mano viene pesada

Visitaron siete empresas fonográficas.

El proceso de conseguir un contrato puede reducirse a este esquema:

- solicitar entrevista
- acudir puntualmente
- esperar
- recibir una excusa
- retirarse confundido
- volver otro día
- esperar
- recibir otra excusa, o la misma
- retirarse indignado
- volver
- esperar

—ser atendido por el productor

—hablar quince o veinte minutos de generalidades, contar anécdotas, tomar café, chusmear

—recibir la promesa de una contestación (positiva o negativa) en un lapso relativamente breve

- esperar la respuesta
- llamar por teléfono
- recibir una excusa
- esperar
- llamar nuevamente por teléfono
- recibir otra excusa
- esperar
- ir personalmente y atajar al productor en un pasillo
- comprender que no hay interés.

Persevera y triunfaras

Supongamos por un momento que Los Churrinches, previo compromiso de grabar canciones de tal o cual choricero entongado en alguna superior esfera del mecanismo, consiguen firmar su contrato. El acto solemne es convenientemente fotografiado. Se ve al churrinche director empuñando una lapicera, sentado al escritorio. Detrás aparecen sonriendo el productor fonográfico, el director artístico, el gerente de prensa y el habilísimo representante.

—“¿Que es esto del cuatro por ciento de regalías y el tres en series promocionales?”

—“No pierdas tiempo leyendo esas cláusulas en letra chiquita, mirá que hay que firmar como cinco copias de varias páginas cada una”.

—“¿Por qué dice acá que los intérpretes realizarán cuantas tomas sean necesarias de los te-

mas elegidos por el director artístico de la empresa?”

—“No hagas caso a los detalles, son formas típicas del lenguaje habitual”.

—“Un momento” —aterrija el churrinche desprevenido—. “¿Eso quiere decir que las canciones las eligen ustedes?”

—“Sí, precisamente. ¿Van a firmar o no?”

—“No, yo preguntaba nomás. Me parece bárbaro”.

—“No encuentro la parte de la retribución que fija el Sindicato de Músicos”, dice el churrinche director.

—“No está. Este contrato es por regalías, no correponde pagarles como músicos”.

—“La regalías son ese porcentaje sobre la venta?”

—“Claro, el 3 o el 4 por ciento del precio mayorista”.

Los Churrinches hacen números mentales. Si venden 3000 placas (cifra bastante ambiciosa para el rubro folklórico sin promoción especial) embolsan 135 palos a dividir entre cuatro, por un trabajo de varios meses.

El churrinche callado y certero bate la justa: “Preferiría cobrar como músico y renunciar a las regalías”.

—“Haberlo dicho antes, ya no se puede”.

El churrinche director hace una última pregunta, pese a los gestos inequívocos del indignado representante:

—“O yo estoy loco o acá dice que la única obligación de la compañía es sacar dos temas por año, ¿cómo es la milonga?”

—“No te preocupes, les vamos a sacar un lonplei”.

Buena ocasión para un brindis

Churrinches y representantes fueron a festejar a un barcito cercano. Tomaron dos botellitas de blanco con soda, comieron sandwiches de salame y manteca y picaron una milanesa cortadita. Ligeramente mareados por el alcohol, fantasearon de este modo:

“Loco, si en vez de vender 3000 vendemos un millón ganamos un toco”.

“Yo le tengo mucha fe al disco en el exterior, si el gobierno lo apoya...”

“Hay que mandarle unos cuantos a un amigo que trabaja de mozo en la embajada, quizás pueda sacarle el jugo”.

Mira si sacamos el disco de oro, ¡que grandel!

Náufrago en una isla de compasión, el comprensivo representante lamentaba su lucidez, con la cabeza laxa y reclinada entre los hombros.

Erase que se era un caserón octogenario, perdido en un antiguo barrio al sur.

Erase después una cuadrilla que lo trajinaba tirando paredes, reformando cocinas, cambiándole la cara.

Y fue finalmente el más bacán restorán-concert de toda la ciudad, con algo de medieval, un poco de andaluz y un resto de gauchesco.

Los Churrinches se paseaban encantados, acariciaban la boiserie, evaluaban el costo de las alfombras, rendían pleitesía al súper amplificador de sonido de mil vatios con consola de microcomponentes orlada de equalizadores gráficos alternados entre compresores expansores de finísimo acabado mate y ninguna utilidad práctica. Comentaban en voz baja, como apabullados por cierta solemnidad ritual:

“Vaarón, la mosca que hay acá adentro”.

El habilísimo representante los dejaba hurguetear, haciéndose el distraído como perro que lo están llamando. Súbitamente ingresó al recinto el mismísimo patrón en persona, invitando a tomar lo que se gustara y detallando en alta voz los altos costos. De a poco llevó la conversación hacia el tema “fuentes de trabajo que se cierran” hasta confluír en el inevitable tópico “pongamos el hombro a lugares nuevos como éste que darán oportunidad a los artistas de calidad auténtica y honesta”.

O sea, les hacía el entre para que bajaran el cachet, sin dejar de tener razón: de trescientos locales nocturnos tipo “peringundín”, sobrevivían 58 con tres músicos cada uno; de trescientos festivales veraniegos sobrevivían 52; de tres mil folkloristas en actividad quedaban menos de quinientos. La cosa estaba pesada.

Pero a modo de compensación proliferaban —con suerte variada— estos singulares híbridos cruza de burro con ñandú, donde no se come demasiado bien ni se ve un espectáculo demasiado coherente.

UN SUELDO MENSUAL

Para beneplácito de las respectivas esposas, este trabajo (una entrada diaria de 20 minutos), proporcionaría un salario fijo. A 16 palos la noche se hacían mango más, mango menos, unos 350 mensuales, porque los domingos, franco. Cuatro Churrinches más un

Crónicas de Don Duro

ALL THAT JAZZ

Cap. V, COMER Y CANTAR

Protagonizando un caso único de perseverancia Don Duro sigue publicando esta pesadísima serie, aunque sabe positivamente que los lectores la saltean.

Premiemos su constancia leyendo el primer párrafo.

insalvable representante hacen cinco, lo que daba 70 por barba. No era mucho, pero alcanzaba para la luz, el gas y el teléfono. Además —y esto figuraba en el contrato— había que considerar la cena (de pie en la cocina, una vez retirada la concurrencia). Como si eso fuera poco, el conjunto podía invitar sin cargo a cuatro empresarios o periodistas cualquier velada que no cayera en viernes ni sábado.

HOY DEBUT HOY

Por un lamentable error, la inauguración debió postergarse: no habían salido los avisos en los diarios.

El patrón accedió a pagar la mitad del cachet de ese debut frustrado.

—“Empezamos mal”, penso el Churrinche suspicaz.

—“¿Qué pasa, no vino nadie?”, preguntó el Churrinche desprevenido.

PARA MUESTRA, UN BOTON

Un día cualquiera iban llegando Los Churrinches al local y pispeaban el salón, para ir entrando en clima.

—“La mesa larga aquella es una despedida de soltero, ¡qué clavo!”

—“No, peor son esos dos matrimonios de allá, recién cayeron y ya están hablando a los gritos”.

En el escenario —una tarima rodeada de ollas humeantes— porfiaba un solista melódico. La gente, muy respetuosa, trataba de no hacer ruido al servirse los platos fríos. Claro, para escanciarse vino o cerveza había que pasar por delante del cantor, que saludaba con leves inclinaciones de cabeza (sin abandonar el vibrato). A modo de cruel y sutil venganza, finalizó su bolo invitando a ciertos concurrentes audaces a corear el estribillo de un conocido bolero. Quienes pasaban por pícaros en el llano, pasaron calor en el escenario.

Los dos matrimonios seguían hablando fuerte.

El Churrinche gordo pretendía descuidarse la fuente de jamón con melón, sin hallar la oportunidad propicia.

El calor era mucho, hasta que entró a tallar el equipo de aire acondicionado. Hacía tanto ruido sordo y grave que nadie escuchó los primeros acordes del grupo vocal aparecido sin anuncio previo. Cuando apagaron el frescor quedaron unas risotadas flotando inoportunas.

Entre canción y canción, el parlanchín de los vocales preguntaba:

—“¿Hay alguien de Brasil?”

—“Un fuerte aplauso para los amigos brasileños. Banana não ten carozo”.

—“Allá la señorita es de Colombia. Un aplauso para la colombiana”.

—“La mesa del fondo, ¿son japoneses? Ah, coreanos, ¡un aplauso!”.

Varias voces desubicadas planteaban:

—“¡Parque Patricios presente!” “¡El embajador de Berazategui!” y otras gansadas por el estilo.

En el colmo de la sutileza el parlanchín de los vocales preguntó:

—“¿Hay algún tucumano?” “¡Guarda los bolsillos!”

Ocurrencia muy festejada.

El clima iba cobrando características de cantina de la Boca. Todo muy fino, velas en

cada mesa, guisotes con nombres franceses, camareras ataviadas a la usanza de ningún lado, pero cada vez más bochinche.

Vino un cómico que enfervorizó a las masas con una sarta prolongadísima de groserías. Las mujeres reían estrepitosamente. Los maridos se ponían colorados. Los Churrinches, desde el fondo del salón, hacían pirámides humanas para tentarlo al cómico, que era el único que podía verlos. El aire acondicionado no lograba tapar la conversación de los dos matrimonios.

La despedida de soltero fue discretamente advertida de la disposición que prohibía arrojar grisines.

Los coreanos mantenían una actitud digna, sin comprender ni una palabra.

Se fue el cómico y apareció una especie de soprano con su repertorio renacentista y su guitarrista dieciochesco.

Tan fuera de lugar estaba que se produjo un increíble silencio tenso. Como era la nota cultural, se aplaudió con circunspección. Los matrimonios fueron chistados unánimemente.

Llegado el turno de Los Churrinches (auténticos profesionales), hicieron roncha. Con hábiles desplazamientos laterales interrumpieron el incesante ir y venir de sedientos que procuraban aprovechar al máximo la canilla libre. Tiraron chapitas de coca a los matrimonios.

Ensordecieron con el bombo a una abuelita de la primera mesa. Accediendo a gentiles pedidos cantaron desganados un clásico carnavalito sin recordar muy bien la letra. Hicieron batir palmas y decir aros. Metieron dos bises y salieron corriendo.

Llevaban tres meses haciendo lo mismo, cantando las mismas canciones, repitiendo las mismas parletas y tratando de huir cada vez más temprano cuando el Churrinche director profirió su reflexión filosófica:

“Muchachos, ¿no están podridos? ¿Se acuerdan de cuando cantábamos con cariño?”

El perspicaz representante no dijo ni mu, se incorporó y fue para la piecita a rescindir el contrato.

ALL THAT JAZZ

Crónicas de Don Duro

La calle del pecado

Por obra y gracia de la esquiva casualidad, o porque sí, posiblemente porque se lo merecía, o no, o por haber estado escrito desde siempre en el Antiguo Libro del Destino, el Churrinche desprevenido accedió a la fama.

Una vieja canción ya olvidada sonaba y sonaba por las radios en labios de un promocionado intérprete, inspiración sutil de tiempos jóvenes, simple milonguita dedicada a la novia de entonces, hoy Señora de Turbios Procederes Éticos. ¡Una falluta, bah!

Por eso nuestro amigo estrenaba camisa, saco y pantalón, se hacía lustrar los timbos en la antesala de la peluquería, y se dirigía a su nuevo ambiente: el de los triunfadores.

Los alrededores de la sociedad de autores bullían efervescentes con esplendoroso atractivo. Semejaba el febril clima de la creación ver a tantas glorias comentando y comentándose sus recientes logros, hitos fundamentales en el desarrollo de una cultura tan rica como pujante. ¡Qué no puede la mente humana!

Desprevenido que era y sería, el Churrinche catapultado entró al maravilloso mundo por la puerta de servicio: un barcito larguísimo del lado del río, con acolchado estaño a la izquierda y diversas 'oficinas' a la derecha, mesitas reservadas para urdir patrañas e invitar-se wiskis. Cuanto menos dinero había, más wiskis se convidaban (teoría de la imagen ganadora). Mucho, mucho para aprender. Este era el bar de los 'productores', ex artistas metidos a intermediarios a la pesca del próximo ciclo televisivo, o del curro con visos

oficiales que representaba tantas salidas mensuales en extremos fronterizos. Sabedores de coimas y coimeros, de drogas y drogados, de acomodados y acomodados, los 'productores' se divertían grosso escuchando una terrible voz aguardentosa que declamaba en el mejor de los idiomas:

"UNA BARRBARIDAD. ¡QUE FALTA DE JERARQUIA! ¿PORQUE HACERME ESTO A MI? A MI, QUE RRRESPE-TO PRROFUNDAMENTE LA DIGNIDAD HUMANA, A MI QUE NO CONCIBO LA TRRAICION NI EN EL MAS AB- YECTO DE LOS PUSILANIMES QUE PUEBLAN, HAN POBLADO Y POBLARAN LA FAZ DEL PLANETA. ¿CUAL ES LA VENTUROSA RAZON QUE LOS MUEVE A NEGAR- ME EL SALUDO Y ESCAMOTEARME LA COMISION GA- NADA A FUERZA DE PULMON Y HOMBRIA DE BIEN TRASEGANDO PASILLOS CORROIDOS PORR LA INEPTI- TUD Y LA FALTA DE EFICIENCIA? CREO VISLUMBRAR EN LO PROFUNDO DE SUS INICUAS TRASTADAS LA INSEGURIDAD TIPICA DE LOS MAL NACIDOS, LA MI- SERIA DE UNA RRAZA DE AMANUENSES OBSECUEN- TES QUE NO SE TIENE CONFIANZA Y ABUSA DE MI GENEROSIDAD INMACULADA, DE MI CABALIEROSI- DAD IMPPOLUTA, IRREPROCHABLEMENTE RRECTA Y PRROPIA DE LOS POCOS EXPONENTES DE UNA SUPE- RIOR RRECTITUD AL PROCEDER"

Así hablaba esa voz tan grave y poderosa, refiriendo- se a algún malentendido de indole comercial. El Churrinche creyó reconocer a un ex excelente cantor de boleros, y se puso a observarlo con simpatía: evidente- mente tanto ardor debía tener fundamento. No se atre- vió a acercarse, pero le inclinó la cabeza desde la barra, una, dos, y tres veces, sin saber a ciencia certe- ra si había sido visto. Un enorme fotógrafo que bien podría (y bien había podido) rebuscárselas como boxe- ador pasó junto a él en busca de nuevas dosis de petar- dos, y lo palmeó afectuosamente produciéndole intenso dolor en el trapecio izquierdo.

—¿Cómo dice que le va campeón? ¿Qué pasa que no anda en la cola de los préstamos?"

Dado que el Churrinche nada sabía de esos presta- mos, se limitó a sonreír y rajó por la tangente: ¿"No has visto a tal y tal?" "Anduvo pero fue a retirar un cachet de la canaleta". Con ese dato tan preciso nuestro héroe partió en busca de aire puro.

Trató de cruzar la calle esquivando decenas de coches estacionados en doble fila y tropezando con centenares de poetas que portaban cuadrados portafolios de cuerina, aristas metálicas y cerradura de combi- nación: "Ché, Churrinche, tengo un tema justo para ustedes". "Te andaba buscando para que le pongas música a esta pavadita". "Caéte un día por casa". "¿No me grabás la polquita?". "Vení que te quiero presentar al doctor".

Quando pudo llegar a la otra vereda, comprendió su error: éste era el bar de los funcionarios asesores de la Sociedad, allí no tenía nada que hacer.

Volvió sobre sus pasos y encontró lo que buscaba. Por fin había ubicado la auténtica confitería de los gana-

¿De qué habla Don Duro?

¿No pretenderá hacernos creer que existen estos barcitos en alguna parte?

¿Por qué mezcla a los intérpretes con los creadores?

¿No sabe que si una cosa no es buena no se vende?

¿Quién le dictará estas mentiras malintencionadas?

dores. Estaba de suerte, pues lo invitaron a la mesa patriarcal. El mismísimo Pájaro Loco, pope máximo de los autores clásicos, integrante conspicuo del grupo 'Los del Catálogo', lo saludó en su exclusivo estilo de play boy maduro, campera de antilope y remera con leyenda. Era un honor para el Churrinche conversar con alguien tan talentoso y tan prolífico que había puesto letra a todas las canciones tradicionales, incluyendo las que ya tenían letra. Además, se decía que había dado manos a todo el mundo, y por eso era bien respetado. Oyó de su boca un par de chimentos inverosímiles, ri- gurosas auto-cargadas.

Pero quien copaba la parada era un morocho nervu- do, el heredero universal de la trayectoria inaugurada por el patriarca pope ya mencionado que estaba de vuelta de todo y sólo se acercaba para pasar el rato sin fines de lucro. El heredero daba consejos desinteresados a todos los acólitos deslumbrados. Era un tipo brillante para los negocios, metía un tema en cada LP de cada cantor y lo que tocaba se convertía en oro. Por errónea extrapolación, esos acólitos confundían talento comercial con talento artístico, y hasta creían que sus canciones de éxito tenían algún mérito.

Se hablaba ahora de una revista especializada en el género, aparentemente muy desprestigiada. "Nadie la lee, en lugar de venderla te pagan para que la lleves". "Si te portás mal les pido que te hagan una nota".

Y se burlaban duramente de todos los que hubieran aparecido en la publicación, haciéndolos sufrir en silen- cio. Un abogado rápido y avisado trataba de sacar pro- vecho de la situación sugiriendo juicios y demandas pa- ra 'reventarlos, porque estas cosas no hay que dejarlas pasar. Empiezan así y después no los para nadie'. Alimen- taba la hoguera apoyado por su labia, las cargadas desaprensivas y su redondo apellido con reminiscen- cias indígena-aristocráticas de la sociedad norteña.

El Churrinche pensó ("Este es un busca") y recordó que la revista tan desprestigiada era considerada de muy otro modo por los folkloristas más humildes del in- terior, por los que recién iniciaban el camino y por su propia mamá, que la coleccionaba.

Aparecían cantores pidiendo temas para grabar esa misma noche: "Volvé dentro de un rato, voy a la oficina

y te traigo un valsecito que tenía reservado para uste- des".

El Churrinche creyó sentirse alterado por el alcohol, no podía creer lo que veía:

El heredero saludó afectuosamente, se fue a una mesa del fondo y volvió a los diez minutos con una letra. Se la dio a un flaquito que esperaba su oportuni- dad desde hacía meses y le dijo: "Te salvaste macho. Metéte una musiquita a ésto y pasá a cobrar el próximo semestre. Que sea vals". ("Eso es lo que se llama ca- pacidad de trabajo. Le pidieron la canción y la hizo sobre el pucho. Para colmo le tiene fe").

Si bien todos los presentes lo ignoraban, porque es imposible conocer lo que todavía no pasó, se venderían 25.000 placas de esa obra tan extrañamente pergeña- da.

La conversa languidecía tanto que los presentes op- taron por fabricar espantosos rumores y calificar a los colegas según las prestigiosas categorías de Plomo, Mufa, Loca Reventada, Ebrio Irrecuperable, Chanta Pe- ro Simpático, Opa, Tragalabala, Soplanucas y Salgruesa. En contrapartida, escabrosas anécdotas atribuidas a indiscutidos artistas de cartel, eran vistas con los condescendientes ojos de la simpatía. "Resulta que tal y tal se alzó tal sbornia en el Festival del Pelón en Almibar, que lanzó el escenario y se tuvo que hacer el desmayado". "¡Qué rápido, qué vivo, qué bien! No cualquiera se zafa en esas circunstancias". Hasta ad- miración cundía por esas tropelias vergonzosas.

El Churrinche saludó y buscó compañía más afín en otro barcito, donde los músicos 'semi-honestos' (así se autodenominaban para distinguirse) esperaban alguna propuesta de grabación. Aquí la cosa era más bien de parado o reclinado en banquetas altas. Varios violeros recién llegados de provincias escuchaban a sus mayo- res y les admitían una larguísima borrachera alcanza- da, mientras el mozo leía sus últimos versos. Ya iban como diez wiskis, más que suficientes para una prime- ra incursión.

El Churrinche pagó una vuelta y se fue a su casa en taxi. Se quedó dormido y el tacherlo lo hizo dar tan gran paseo innecesario que tuvo que despertar a la esposa para pedirle plata. No tenía suficiente.